



Aquellos años de fuego

Miguel Jarquín¹

1 Director del Centro de Estrategias para el Desarrollo (CED), Guadalajara, México. Ver más en nuestro link de Autores.

*Hay que aprender a hacer una revolución que no engendre la tiranía.
(Lucien Guissard)*

El águila dorada clavó sus garras de fuego en nuestras caras jóvenes mientras marchábamos por el jardín que reventaba en su verdor, ribeteado de rosas cuyos capullos lanzaban gritos de gozo y de dolor. La quemazón del sol de medio día era irrefrenable. Aquel territorio entre los comedores y la capilla le pertenecía y sus rayos terminaban deslizándose por las piedras del camino que comunicaban las dos orillas. Después de nuestra visita al Santísimo, caminábamos hacia los refectorios y, de nuevo, el escozor nos arañaba.

La costumbre: una vez sentados en nuestros lugares para comer, nos repartían las cartas que guardaban celosamente las noticias del mundo de fuera. Las primicias saltaban las alambradas de San Javier, en Santiago de Querétaro, y nos traían mensajes de los seres que amábamos y, desde la lejanía de sus vidas, se metían en nuestros corazones. El envoltorio que me entregaron guardaba en el café de su piel, una caja. En la carátula, sellos de Italia y la referencia de salida: Roma. ¿Qué podría ser?

Por aquel tiempo se me había ocurrido iniciarme como filatelista, tarea que abandoné inmediatamente, pero en el ínter, mandé una carta a un hermano marista con quien había hecho amistad. Mi fantasía era recibir su respuesta y, seguramente, un timbre de la tierra que forjó una parte del pensamiento occidental. Imaginé que sería su contestación, pero ¿por qué una caja?

Acaricié el papel, le di vueltas al pequeño embalaje, lo miré con detenimiento y, finalmente, destripé el estuche del que saltó un libro. Salía desmadejándose como un ave que se sacude el cascarón. El ansia me persiguió y apuré a ver el nombre, mientras ella abría sus alas y mostraba la portada en un movimiento suave. Su autor: Emmanuel Mounier, un francés que nació en Grenoble cuando apenas despertaba el siglo en 1905. Curioso: el mismo año que llegaron a los brazos de sus madres dos autores más con quien me hallaría en sus escritos: Jean-Paul Sartre y Viktor E. Frankl. La obra: *Manifeste au service du personalisme*. El tratado ya venía leído: era una obra de "segunda ocasión". Ediciones Montaigne se encargó de publicarlo en la colección *Esprit* y en 1936 salió a atisbar los estantes de las librerías.

Este libro era un cántaro de agua fresca al que podría acudir cuando la sed apremiara y reafirmaba, al mismo tiempo, mi apuesta de vida a la luz del movimiento personalista. Llegó junto con el primer platillo de la comida a mediados de los años sesenta, 'años de fuego', como los he llamado en otro momento. Las tres raíces del árbol que vería madurar los frutos de mis aprendizajes metían sus cofias en la tierra fértil de la sabiduría indígena y las cepas eran: Pierre Teilhard de Chardin, Gabriel Marcel y Emmanuel Mounier.

En aquel entonces, ya colaboraba como 'profe', y, sobre todo, con los campesinos y algunas personas excepcionales, además participaba en las organizaciones de jóvenes, en el primer grupo que seguía la estrategia de formación de la "Revisión de Vida" que dio origen a la primera comunidad de base en Querétaro y en la organización de la liturgia de renovación que inspiraba el

Vaticano II, en donde leíamos la carta de Paulo VI "A los jóvenes", eco de 1965:

"Finalmente, es a vosotros, jóvenes de uno y otro sexo del mundo entero, a quienes el Concilio quiere dirigir su último mensaje. Porque sois vosotros los que vais a recibir la antorcha de manos de vuestros mayores y a vivir en el mundo en el momento de las más gigantescas transformaciones de su historia".

En este clima en el que los jóvenes construíamos la utopía, con el escaso francés que había aprendido con los Maristas y un diccionario al lado, empecé a leer las primeras páginas del Manifiesto de Mounier que respondía a una necesidad: "de conferir una densidad, una conciencia, una fuerza viva a unas tendencias todavía confusas que aquí intentamos concretar". En mi vida desmontó un camino inédito hacia otro requerimiento: mi labor docente. De verdad: sólo puede ser personalista un movimiento que coloque "la primacía en la persona humana sobre las necesidades materiales y sobre los mecanismos colectivos que sustentan su desarrollo".

Este era el lema que mis maestros y, en especial, mis profesores de la Normal de Maestros habían sembrado en mi vida: respeto incondicional a la dignidad de la persona. No podíamos ser docentes sin este principio que abría en flor la labor magisterial. La persona se conquista a sí misma pasando por sus determinismos: de un lado la pobreza y del otro la opulencia. Ambas engrilletan al hombre, pues lo incapacitan para el dominio sobre sí mismo. Llamo determinismos a aquellos eventos ante los que nos dejamos invadir sin tomar postura: son torrentes sin sentido, potencias paralizantes, energías disgregantes. El personalismo de Mounier venía enriquecido por la vivencia de la libertad que proponían algunos autores del enfoque existencial: la libertad es una postura ante el mundo. Existir es estar involucrado con el mundo y su destino. Libertad y compromiso eran los dos baldes que acarreaban la vida de entrega a los demás. Por supuesto, hablo de la libertad que es adhesión a una causa superior a sí mismo. De este modo, mi magisterio se iba nutriendo de esas aguas que, además, lo refrescaban y lo ordenaban en el amor hacia un esfuerzo constante de personalización.

El siguiente ladrillazo llegó a la almena donde se sostenía mi cabeza disolviendo una de mis necesidades: el

dogmatismo. Era experto en discutir y tratar de aplastar al otro. Sólo yo tenía razón y echaba la caballería armada con la espada filosa de la información y las lecturas que realizaba para aplastar las ideas de los demás. En una franja morada, ribeteada de azul grana detecté dos de las tendencias más asquerosas que vivió implacable el siglo veinte: el individualismo cabalgando en su trono de oropel y el colectivismo arrastrado por sus carruajes de masas. Ambos movimientos dispuestos en todo momento a destrozar la singularidad de la persona.

◆ "En mis 'años de fuego' era vitalidad indómita. Nada me detendría: ni los golpes, ni la cárcel, ni los ataques de mis autoridades entre los Maristas, los colegios o los grupos. Salté a los breñales y enfrenté a los caciques buscando estrategias de liberación, pinté la noche de luz al enseñar a leer a las mujeres que vivían en la oscuridad de la ignorancia, rasgué el firmamento violeta del atardecer haciendo que los campesinos leyeran obras que los despertaran..."

Claro que mi juventud estaba presta a salir de la burguesía y romper a gritos en favor del llamado del pobre: acción desbordada. En mis 'años de fuego' era vitalidad indómita. Nada me detendría: ni los golpes, ni la cárcel, ni los ataques de mis autoridades entre los Maristas, los colegios o los grupos. Salté a los breñales y enfrenté a los caciques buscando estrategias de liberación, pinté la noche de luz al enseñar a leer a las mujeres que vivían en la oscuridad de la ignorancia, rasgué el firmamento violeta del atardecer haciendo que los campesinos leyeran obras que los despertaran, jugué con los niños y las niñas haciéndoles ver que el partido

no termina hasta que suena el último silbatazo, como la vida, y saqué del agravio con que eran tratadas las personas excepcionales. Tallé en el corazón la tarea de mi magisterio: despertar personas.

En el torrente vigoroso de mi acción, flotaron unas palabras que pelaron las rocas ocultas bajo el agua: ... serenidad que es paz deslumbrante y fecunda. La arista aguda de aquel texto detuvo mi carrera: ¿cómo entender que el protagonista de una revolución de la acción, pedía serenidad? Reapareció mi enojo contra Aristóteles, quien afirmaba que los jóvenes no podían ser prudentes. La prudencia podía ser hermana de la serenidad. ¿Cómo aceptar esta afirmación si mi vida de joven era acción comprometida y la serenidad me sonaba a cobardía disfrazada? Esas ideas tardaron mucho para despuntar en mi vida: sólo ahora que soy viejo, empiezo a ver sus primeros brotes en el rosa que prepara el rojo escarlata de la pasión. Hoy sé que Aristóteles y Mounier tenían razón.

Hacia la quinta señal de este apartado, empezaba a ondear el lema que orientó mi trabajo en las comunidades, tanto rurales como de la periferia en la ciudad: ... El otro conduce a los abismos de la persona auténtica, que no se encuentra sino dándose. Empecé a constatar que todo desbordamiento no era sino fecundación que

venía del otro. Sin embargo, cuánto faltaba para descubrir al otro como el creador de la relación que alimenta la posibilidad de generar, pero ahí empezó el sendero que hoy me despliega en la poética del otro. La autenticidad no es despilfarro del yo, sino vivencia genuina en la relación. Ante esta enunciación, el despotismo no tiene permiso de abonar la indiferencia. El abismo abrió su garganta para ver al hombre volar sobre el vértigo de la libertad y ver a la paradoja acunar a sus críos: tensión y pasividad, tenencia y don...

Después de varias páginas que me siguieron aleccionando, llegué a aquella en la que, de nuevo, Mounier me tomaba de las orejas: ...El sentimiento de la soledad es la toma de conciencia de todo el margen no espiritualizado, no personalizado, por tanto, de mi vida interior y de mi vida de relación. ¡Qué derrumbe!: el camino que me conducía a mi interior no era el alejamiento de los otros y el enclaustramiento confortable, sino al contrario: la salida hacia ellos y la entrega sin límite y, el regalo cuando iba hacia los otros; ellos me dispensaban la posibilidad de tener algunas advertencias acerca de mí. Decidí: no más horas de aislamiento, sino más tiempo de servicio.

Una página después y a punto de finalizar el apartado, un martillazo en el dedo me hizo gritar de dolor: ...La persona es una potencia de envergadura infinita. No está hecha para inspirar sistemas mediocres de garantía contra la grandeza. No había más remedio: los jóvenes de aquella generación no estábamos hechos para engrosar las filas de la mediocridad. Estábamos llamados a hacer que el mundo se abriera en nuevas rutas. La grandeza era un grito desesperado que subía por el esófago y nos avisaba que no saldría si la ahogábamos con metas neuróticas que buscan el éxito, su único camino de emergencia era la labor silenciosa del deber cumplido narrado por el testimonio.

El ansia por avanzar me carcomía las uñas y di vuelta a la hoja titular del apartado III, para saltar por las agujas flamantes de las primeras palabras: iniciativa histórica. ¿Qué sendero tomaría el carruaje guiado por estas palabras? El segundo párrafo abría la vereda: ... el personalismo que hemos circunscrito pone un valor espiritual, la persona, receptáculo o raíz del conjunto de los demás, en el corazón mismo de toda realidad humana. Este personalismo ha de ser conducido por acentuar su focalización en las estructuras fundamentales y en el detalle de los organismos de iniciativa humana. Así marcó la línea: ...tomar la iniciativa de la historia. Sí, esa era mi vida: iniciativa arrolladora.

¡Qué rabia! Por primera vez vi claramente el peligro que me acechaba: arrasar con los otros. Mi iniciativa no podía pasar por encima de las necesidades y decisio-

nes de los demás. Sin embargo, mi petulancia tomó la delantera y en gran cantidad de ocasiones, despedacé el brío de los otros. Era experto en llevarlos a mi territorio y, desde ahí, lanzar mis propuestas. Los otros, sólo bajaban sus ojos y se sumaban. Hoy entiendo que toda adhesión sin decisión, aliena a la persona y le resta pertenencia a la jerarquía en su valoración.

Al fin, llegué a la veta primordial: la educación de la persona. Ya arriba mencioné la idea central que anima la labor educativa: ...el despertar de la persona. ¿Cómo fue que me enamoré de esta bellísima imagen? Este cuadro no perfila en ningún momento una visión platónica de corte socrático en la que del fondo del hombre brota su ser verdadero, ni tampoco aristotélica, pues la persona no es simple actualización de potencialidades. Pero también es más que Kierkegaard: el potencial que emerge de la nada. Me atrevo a pensar que para Mounier, el despertar de las personas es atisbar el sueño de que la relación interpersonal es la matriz en donde la persona se fecunda para ser-más. La conquista de la persona, es decir, su despertar, es precedido por el aprendizaje del tú y, éste, sólo acontece a la luz del amor. Educar es arrebatar al otro del confort del vientre y esto, únicamente puede acontecer si el otro aparece rasgando nuestro horizonte de comodidad. El otro es irrupción. Por eso educar es desmembrar: dejar de ser para ser.

Mounier postula tres principios que han de guiar una educación de orientación personalista y, que, abandonado aún a la fecha:

1. La educación no tiene por finalidad condicionar al niño al conformismo de un medio social o de una doctrina de Estado. [...] Tiene como misión despertar personas capaces de vivir y de comprometerse como personas.
2. La actividad de la persona es libertad y conversión a la unidad de un fin y de una fe. [...] En esta perspectiva no puede concebirse educación neutra.
3. El niño debe ser educado como una persona por las vías de la prueba personal y el aprendizaje del libre compromiso.

Con el paso de los años, pude constatar que estos principios son aplicables a la persona en cualquier etapa de su vida, en el acto de ser educada. No es privativo del niño. Ahora bien, cada apartado se volvió tema para mi vida docente. Hoy siguen germinando de sus tallos con un verdor radiante, espigas de miel.

El apartado 2, me abrió las puertas a una explanada que encontró orden en sus reflexiones: la vida privada:

“...La vida privada recubre exactamente esta zona de ensayo de la persona, en la confluencia de la vida interior y de la vida colectiva, la zona confusa pero vital donde la una y la otra hunden sus raíces”.

Parece ser que esta idea nos coloca en el centro de una ruptura: el interior de la persona y la exterioridad de la misma. Lucha encarnizada entre meditación y acción. Los riesgos de la meditación: el aislamiento y la complacencia. Los desatinos de la acción: el derroche y la dislocación.

Apenas un poco más de un par de páginas desmantelaron la creencia de que la heroicidad vivía en los hogares dulces y tiernos: ¡nada! El desgarramiento interior es el principio de la conversión por eso hay que desvincular esos lugares en donde la ternura mata al amor, donde el deleite de vivir ahoga el sentido de la vida .

Un nuevo atisbo me hizo voltear la mirada: la mujer también es persona... apenas empezaba a acomodarme con este título que me llevaba a ver la labor formadora de mi madre y su testimonio cuando me inundaron otras palabras: ...la opinión pública no parece plantearse más que problemas de hombres en los que sólo los hombres tienen la palabra . Estaba aturdido y con la respiración entrecortada. El mundo en que vivía hablaba a favor de la dignidad de la mujer, pero en la práctica era una mentira. No sólo la religión despreciaba a la mujer, lo hacía también la política, pero sobre todo, lo hacía yo mismo. No sabía en qué mundo estaba ni cómo podía descubrir a la mujer como persona. No bastaba el discurso, se requería el testimonio.

¿Cómo aprender? La paradoja de mi hogar: respeto a mi madre y a mi hermana y, en ellas a la mujer. La realidad, machismo inconfesable en la casa de mis padres. Mi corazón también estaba distendido: hablaba bien de la mujer pero despreciaba sus acciones. Han pasado muchos años desde que aquellas páginas llegaron a mí, y fue necesario que las mujeres me enseñaran a respetarlas y, sobre todo, en su ser diferentes. Aún hoy necesito aprender tanto de ese tú que, con facilidad glotona olvido.

Mi amiga Inés Riego me ha dado la oportunidad de no olvidar que la mujer trabaja en conquistar su identidad y escuchar su vocación, para ello está su libro que vela en el armario de mi biblioteca, justo atrás de mí, como diciéndome: “eres hombre, pero recuerda que sólo lo serás si estamos nosotras”.

Así ingresó el pensamiento personalista de Emmanuel Mounier en mi vida y derramó semillas que no se agotan en su fecundidad pues, una obra, hay que pene-

trarla hasta el alma para desligar lo histórico y lo actual. Esto es lo que puede hacerse con las obras que viven . Y así es: la obra y la vida de este hombre habitan en mí y en mis acciones. Hay que aprender a hacer una revolución que no engendre la tiranía.

